

El trabajo de Tomás Pérez Vejo sobre “La hispanofobia como elemento de movilización en las guerras de Independencia ¿Un mito historiográfico?” cuestiona el hecho de que la hispanofobia fuese la clave de las independencias. La hipótesis de trabajo es que la nación y el sentimiento patriótico tuvieron un carácter marginal para los procesos de emancipación. Pérez afirma que “las naciones no fueron las causa de las guerras de Independencia”. En relación con el tema de la identidad nacional como detonante del movimiento independentista, Ángel Rivero, en “La filosofía de la independencia de Brasil”, explica el proceso emancipador brasileño como una independencia decretada por la propia corona portuguesa para desmitificar la visión nacionalista como causa independentista. El libro finaliza con el trabajo de Antolín Sánchez Cuervo sobre las “Lecturas de la Independencia en el exilio español de 1939. José Gaos, Joaquín Xirau y Eduardo Nicol”. La obra aborda meritoriamente la filosofía política de las independencias latinoamericanas.

Humberto Antonio Miranda Rivas

UNAMUNO, Miguel, *Mi confesión*, edición y estudio de Alicia Villar, Salamanca-Madrid, Sígueme-Universidad Pontificia Comillas, 2011, 144 pp., ISBN 978-84-301-1777-2.

Encontrar un inédito ha de ser para un investigador, sin duda, un motivo de intensa satisfacción y para todos aquellos interesados en la obra y la persona de su autor, una razón de profunda alegría. Por eso, la publicación de este manuscrito inacabado de diecinueve folios numerados y escritos por las dos caras, salvo la última, ha de celebrarse como una oportunidad excelente para visitar y visitar una filosofía como la de Don Miguel de Unamuno. Autor de entrega fervorosa y amplia producción, por necesidad íntima, pero también por requerimientos externos de quien tiene una abundante prole por mantener, es una figura imprescindible de su tiempo, pero no es ni mucho menos una figura agotada, como bien demuestra este descubrimiento. El pensamiento unamuniano está aún muy lejos de poder considerarse como ya sabido y superado, en primer lugar porque aún tiene muchas oscuridades, generadas en parte por su talante contradictorio y las variadas perspectivas y temas que trató, que son de justicia sacar a la luz; y en segundo lugar, porque muchas de sus enseñanzas podrían aplicarse y dar un nuevo cariz a nuestras preguntas actuales.

“Pienso en voz alta, cierto es, y doy todo lo que pienso, vacío en mis libros, notas y apuntes tomados acá y allá”, dice Unamuno. Esta confesión, está fechada por la editora antes de septiembre de 1904. Tras una introducción, el texto se subdivide en partes de desigual proporción marcando con unas líneas horizontales los cambios de tema, marcas del propio Unamuno. Sólo se da especial entidad a un apartado que titula “Verdad y vida”, parte final de un texto que queda inconcluso. La Dra. Villar ha respetado, aunque a pie de página para facilitar la lectura, las correcciones y adiciones de Unamuno.

“Mi confesión” como un escrito apasionado, un “vaciado” más, un verterse del vasco en la tinta y el papel, recorriendo las claves de su vida y su filosofía. Digo que es uno más porque los temas principales que aquí se tocan son gérmenes de los más extensos desarrollos posteriores en “Vida de Don Quijote y Sancho” y “Del sentimiento trágico de la vida”, de tal manera que, el conocedor de su obra no encontrará aquí casi nada que no haya leído ya de Unamuno. Ahora bien, sí se percibe cierta necesidad de clarificación y desarrollo de sus ideas y de reafirmación de las mismas, en un momento vital convulso porque, como señala la autora, “fue por estas fechas cuando don Miguel, cansado de la campaña para su destitución, comenzó a pensar en irse a

Argentina, donde era conocido desde 1899 por sus colaboraciones habituales en el diario *La Nación*". Concretamente, encontramos valiosos acercamientos al tema del erostratismo, críticas al intelectualismo, su visión de la religión, su retrato de don Quijote, y ante todo, la pelea entre el vivir y la nada, la razón y el sentimiento, la llamada al vivir la vida con pasión, "*vivir como si todo fuera nuevo, poner en todo lo que se emprenda alma (...) La labor más grande es siempre la del momento: la eternidad se llama ahora y el infinito aquí*" (p. 52).

Aunque, sin menospreciarlo, podamos decir que el contenido no es la principal valía del texto, ¿dónde está su potencia? A mi juicio, en su forma: la confesión. Es a través de este formato donde podemos percibir tres claves profundamente unamunianas. La primera sería la necesidad misma: de ser escuchado, de ser en los demás, especialmente en este caso donde pasa por un momento vital, cerca de sus 40 años, de inflexión, en el que ya no se puede reconocer como joven, pero tiene miedo de perder la fuerza de la juventud. Esta es una de las razones de situar como interlocutores en el escrito a los jóvenes hispanos. La segunda clave vendría a ser la sinceridad, ya que en una confesión todo está dispuesto sin criba, en una entrega y un desbordamiento respecto al que no niega la contradicción y la lucha personal que le suponen. Está escrita desde una rendición a la "*voz imperativa de mis entrañas*", de tal manera que su modo de actuar queda definido así: "*me vierto y me prodigo, seguro de que enriquece más el dar que no el recibir*", y se puede ver en todos los aspectos tratados. Y por último y como tercera clave, la decisión. No es un escrito errático o desordenado, sino que se puede apreciar detrás de lo escrito que quien lo escribe sabe lo que hace y cómo lo hace. Aunque este es un momento de especial dificultad –no hay más que leer sus cartas para reconocer que en esos años vivía un caminar complicado– Unamuno se pronuncia con absoluta confianza: "*pienso en voz alta y escribo luego cuanto pienso, con todo y no ser todo lo pensado digno de la publicidad*".

Considero además que este escrito merece ser tenido en cuenta por la edición misma. Ya decía Unamuno que para conocer la filosofía había que conocer al autor de carne y hueso que tenía detrás. Pues bien, la Dra. Villar nos expone, con una cuidada selección de cartas y a través de su estudio, todos los avatares de la redacción de este escrito: por qué habla de lo que habla, por qué esa perspectiva, por qué de estar inconcluso. Ilumina aquellas cuestiones que podrían dejarse en segundo plano y que luego resultan esenciales no sólo para entender este texto que nos ocupa, sino también la trayectoria vital y profesional de Unamuno en estos años –1902-1904– y los venideros. Las epístolas están dirigidas a diferentes personalidades del momento: Federico Urles, Manuel Ugarte, Leopoldo Gutiérrez Abascal, Pedro Jiménez de Ilundáin, Andrés Bellogín, Bernardo G. de Candamo, Cipriano de Castro, Salvador Padilla, José Ortega Munilla, Juan Maragall, el Obispo de Salamanca, Pedro Múgica, José Enrique Rodó, Guillermo C. Morris y Luis de Zulueta. Sólo una al propio Unamuno, escrita por el Obispo de Salamanca. A través de ellas se justifica todo el análisis de la Dra. Villar.

En definitiva, es una obra que debe ser tenida en cuenta, aunque sólo sea para recordarnos que aún queda mucho por aclarar y descubrir en la figura de Don Miguel de Unamuno y hacer que viva con y en nosotros.

Clara Fernández Díaz-Rincón